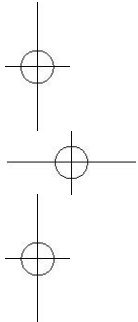
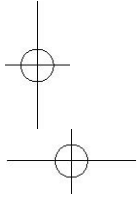


La muerte salió por todos los canales. La muerte irrumpió como irrumpen esas cosas, en el noticiero de las ocho de la noche, sin el menor aviso, con la confianza de los que saben sus derechos; es cierto que no fue el título principal porque esa tarde el presidente había firmado un convenio para subir un cuatro coma siete los haberes de los jubilados, pero aun así la muerte apareció antes que dos asaltos a mano armada con heridos, la venta de un marca-dor de punta del equipo campeón, una bomba con doce-nas de víctimas en algún rincón de Medio Oriente, el fra-caso de otra vacuna contra el sida. El padre Augusto Fiorello nunca habría esperado tan-ta difusión: si alguna vez hubiese discutido con alguien los detalles de su muerte –y si ese alguien no hubiera sido su confesor, el obispo Mallea, ante quien sus relatos, codifica-dos por siglos de fórmulas cristianas, incluían los detalles más intestinos de su vida narrados sin pasión, como si le hubiesen sucedido a otra persona–, seguramente se habría contentado con exponer sus esperanzas de una agonía se-rena que le permitiera confesarse por última vez, recibir los óleos finales y morir en la paz del Señor. Si acaso, si el pa-

11 dre Augusto hubiera tenido con quién mantener una char-la de ese tenor, si la charla hubiese sido inusualmente fran-ca o demasiado regada por uno de esos vinos pateros de la Colonia que el padre festejaba, habría hablado de su mie-do a no morir con la dignidad cristiana que tantos años de sacerdocio le imponían: su miedo de que todos esos años de preparación no le sirvieran para morir como debía; en cuyo caso –callaría– algo radical habría fallado. O quizás, incluso, en el extremo del vino o de la intimidad, el padre Augusto habría hablado de todas esas muertes que su prác-tica le obligó a presenciar. Habría dicho que muchas veces se sintió inútil frente a moribundos a los que no pudo con-fortar con sus rezos, sus manos, sus promesas; no habría dado detalles, pero habría hablado de un hombre que gri-taba que no lo dejara solo, que lo dejaran solo de una vez, que tenía miedo de quedarse solo, y de cómo él le dijo va-rias veces que el Señor nunca lo dejaría solo, que al con-trario lo estaba esperando, que junto a Él jamás estaría solo, pero que el hombre gritaba más y más y que en sus gritos había cada vez menos palabras, más espanto. Y se habría asustado ante la aparición de esa escenografía que, incluso en su mente, mientras contaba aquellos hechos –obviando su escenario–, habría modificado para hacer tolerable: otro recuerdo que prefería no recordar. O, para cambiar rápida-mente de lugar, habría hablado de aquella mujer que lo mi-raba en silencio, llena de odio, como si fuera él quien la es-taba matando y le estrujaba la mano y al final le preguntó si realmente Dios tenía que hacerle esto. O de ese chico de quince o dieciséis que se moría sin entender qué le pasaba y cómo él, el padre Augusto, tuvo un momento de duda y de zozobra que le hizo volver a esa mujer: si realmente te-nía que hacerle esto. No era una conversación fácil: si el pa-dre Augusto la hubiera mantenido se habría dicho que ha-



12 blaba de más. Y, aun así, seguro que se habría guardado tantas cosas.



En cualquier caso, el padre Augusto jamás habría podido imaginar que esa muerte que tal vez discutió –que tal vez no– pudiera llegar a ser tan pública.

Es curioso cómo ciertos hechos –ciertas personas– que parecían destinados al ámbito estrecho de un pueblo como Tres Perdices pueden tornarse, de pronto, sin que nada las haya preparado para eso, historias nacionales. La mejor razón para esa sinrazón sigue siendo, mal que nos pese, la violencia de una muerte fuera de tiempo o de lugar.

Nadie diría que la muerte del padre Augusto Fiorello llegó fuera de tiempo: a sus sesenta y ocho años, el padre ya llevaba varios convencido de que el Señor lo reclamaría en cualquier momento –y no le guardaba por eso un rencor particular: consideraba que, si lo hacía, estaba en todo su derecho y, a veces, llegaba a extrañarse de que no lo hubiera decidido todavía. Nadie diría tampoco que estuvo fuera de lugar: ¿cuál habría sido más propicio que su modesta residencia, la casita de tres ambientes adosada a la iglesia que administraba desde hacía tantos años en el final de Tres Perdices, justo donde solía terminar el pueblo y donde, ahora, un racimo de ranchos a medio construir arma el suburbio pobre de una villa que no estaba pensada para tener suburbios? Así que no se trata del tiempo o el lugar. Lo que no entraba en ningún cálculo fue la violencia del cuchillo.

